

VIDA AMERICANA

La heroína aterriza en los barrios residenciales

Por RANDAL C. ARCHIBOLD

GROVE CITY, Ohio — Durante cinco horas, Dana Smith permaneció hecha un ovillo, aturdida y desconcertada en su salón mientras el cuerpo de su hijo Arthur Eisel IV, de 31 años, yacía desplomado en un cuarto de baño del piso de arriba, junto a una aguja hipodérmica.

No paraban de llegar familiares y amigos. Los detectives corrían de un lado a otro. Para la señora Smith fue como un jarro de agua fría darse cuenta de que su hijo mayor, Artie —tranquilo, tímido, apasionado de los coches, loco por el deporte— había muerto de una sobredosis de heroína.

La muerte fue el final del infierno particular de la señora Smith, cuyos otros dos hijos, los hermanos menores de Eisel, cayeron también en la adicción a la heroína “como fichas de dominó”, decía, y están aún luchando contra ella.

Para el Gobierno federal, que procesó a los traficantes de heroína por la muerte de Eisel, se trataba de un claro ejemplo de cómo los carteles de la droga mexicanos han extendido la venta de heroína a las zonas residenciales y rurales de EE UU, en las que antes prácticamente no se veía esta droga.

En Ohio, por ejemplo, entre 2004 y 2007, último año del que existen

estadísticas, se registraron muertes relacionadas con la heroína en 18 condados. Las cifras aumentaron hasta 546 en ese periodo, desde 376 entre los años 2000 y 2003.

Las autoridades federales consideran en estos momentos que los carteles son la mayor amenaza que el crimen organizado plantea a EE UU. Sus operaciones se aprovechan a menudo de una población inmigrante mexicana cada vez más numerosa y que lucha por salir adelante. En un caso que nos deja entrever cómo funciona todo esto, dos traficantes, inmigrantes ilegales, se declararon culpables de homicidio el año pasado por la muerte de Eisel. Fue uno de los pocos juicios federales por homicidio originado por un caso de sobredosis.

Los investigadores determinaron que los dos inmigrantes, José Manuel Cazaras-Contreras, de 30 años, y Víctor Delgadillo Parra, de 23 años, empezaron a vender heroína al no poder encontrar trabajo. Parra, en una entrevista desde la cárcel en la que ha sido condenado a pasar 16 años, declara que al principio tenía miedo de que le arrestaran, pero aceptó el trabajo para mantener a su mujer, a su hijo y a familiares de México.

“Lo estaba pasando mal aquí en EE UU”, comenta Parra. “Y si no



MATT EICH PARA THE NEW YORK TIMES

Arthur Eisel, abajo, murió de sobredosis de heroína. Su madre, Dana Smith, dice que sus otros dos hijos también son adictos.

conseguía ningún otro trabajo tenía que irme”.

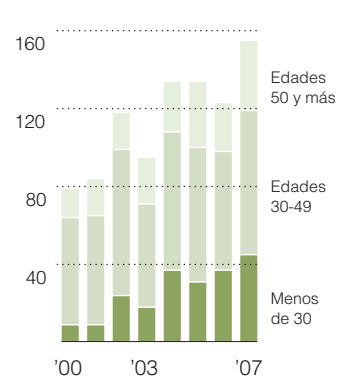
El caso de Arthur Eisel muestra cómo venden los traficantes sus productos, y cómo en el caso de Eisel, ya adicto a caros analgésicos debido a una lesión de espalda, encontraron un cliente perfecto para la heroína, más barata.

Los investigadores afirman que Eisel no es el único que se ha pasado de un analgésico recetado a la heroína. Proporciona un colchón similar por un precio mucho más bajo, entre 10 y 20 dólares por una papalina —una dosis, normalmente un

gramo o menos— en comparación con los 60 dólares o más que cuesta cada dosis de las píldoras que se recetan normalmente. Los traficantes hallaron un mercado perfecto en Grove City, un barrio residencial de Columbus, igual que los que han encontrado en cualquier otra parte del país.



Muertes por sobredosis de heroína en Ohio



Fuente: Departamento de Salud de Ohio

THE NEW YORK TIMES

che en 2005, empezó a tomar medicamentos recetados, Percocet y OxyContin, para el dolor crónico, bajo la supervisión de un médico.

Robby Eisel explicó que él también había tomado medicamentos similares después de romperse un brazo en su trabajo como empleado de mantenimiento en un campo de golf. Pronto, Arthur, Robby y el tercer hermano, Ryan, empezaron a obtener OxyContin de forma ilegal y a compartirlo. Cuando su traficante le sugirió la heroína, la probaron y en seguida desarrollaron la adicción.

La señora Smith explicaba que se ha esforzado por comprender qué se había apoderado de sus hijos. Los fiscales le pidieron que fuera a las vistas y que declarara. Estaba a unos metros de los hombres acusados de matar a su hijo y escuchó sus palabras de arrepentimiento.

“Parte de mí está con sus familias”, comentaba en una entrevista reciente. “Pero hay que hacer algo para detener todo esto”.

Una voz que suena a hogar para los expatriados mixtecos

Por RANDAL C. ARCHIBOLD

FRESNO, California — La voz tiembla angustiada. “Por favor”, suplica Esmeralda Santiago en un programa de radio de California destinado a los emigrantes más

pobres de México, indígenas del Estado sureño de Oaxaca. “Esto es para Sylvia Santiago. Por favor, si nos escuchas, llámanos. Nuestra madre está preocupada porque hace tiempo que no sabemos nada de ti”.

Filemón López, presentador del programa, escucha y asiente. “La falta de contacto es muy triste”, dice en un descanso. Él también es un inmigrante legal que en su momento trabajó en el campo.

Este último domingo hubo momentos más felices en *La hora mixteca*, el programa de López, dirigido principalmente a los indígenas mixtecos pero que tiene oyentes de otros grupos en Estados Unidos y, vía satélite, también en Oaxaca.

Los mixtecos —se calcula que hay unos 150.000 en California— son el escalafón más bajo de la jerarquía social de los inmigrantes latinos. La gente se burla de ellos por sus costumbres rurales, su fuerte acento al hablar español o por su incapacidad de hablarlo, y por su bajo nivel de educación.

Hacen los trabajos agrícolas más duros en la rica región agrícola de Central Valley —recogen frutas y verduras— y a menudo tienen problemas para ascender en la escala social.

Se enfrentan a la explotación y a la discriminación en cuestiones de vivienda y empleo, y no se fían de los extraños lo que, según los entendidos, es un legado del aislamiento de sus pueblos en México y



FOTOGRAFÍAS POR MONICA ALMEIDA/THE NEW YORK TIMES

del historial de abusos llevados a cabo allí por los extranjeros.

El programa de radio de López se mantiene de forma continuada desde su primera emisión en 1995, y se ha hecho con su emisora número 12 en EE UU hace unos meses, en el condado de Santa Bárbara. El programa se emite todos los domingos de diez de la mañana a dos de la tarde en Radio Bilingüe, la única cadena radiofónica pública en español de Estados Unidos, y también se puede oír por Internet.

“La hora mixteca es muy importante”, dice Gaspar Rivera-Salgado, un mixteca que es director de proyectos en el Centro de Investigación Laboral y Educación en la Universidad de California, Los

Ángeles. “Es radio a la antigua usanza, que tiene el efecto especial de hacer que la gente sienta que forma parte de esta comunidad que está muy unida, y que habla su idioma”.

Con tan pocos programas de todo tipo en las lenguas indígenas mexicanas, López hace del suyo una ecléctica mezcla de educación y entretenimiento.

Entre los saludos en un programa reciente, López puso música de sus 20 cajas de CD; entrevistó a personal sanitario para hablar de la importancia del buen desarrollo infantil; rindió homenaje a un activista indígena asesinado hace unos años en México; y ofreció consejos prácticos, todo ello inter-

calando sin esfuerzo el español y el mixteco.

Los indígenas de Oaxaca no suelen fiarse de los médicos, y por eso utilizan muchos remedios caseros y rechazan recibir tratamiento por enfermedades o lesiones graves. Ese problema ha llevado a López a liderar un proyecto en el que los médicos de Oaxaca dan consejo médico en mixteco por videoconferencia a inmigrantes en clínicas de Central Valley. El Gobierno de Oaxaca también colabora, y el Centro para la Reducción de la Disparidad Sanitaria de la Universidad de California, Davis, es el principal organizador.

Aunque su voz y su nombre son conocidos, López pasa desapercibi-



Filemón López, izquierda, con su colaborador Juan Santiago, ambos de *La hora mixteca*, un programa de radio bilingüe para los indígenas mixtecos que están en California.

bido en las aldeas agrícolas cercanas a su casa, hasta que abre la boca.

Hace poco paró en un centro comercial una mañana y conoció a Raquel Rosales, de 28 años, que estaba vendiendo CD. “Yo hablo español”, le dijo Rosales, “pero prefiero escuchar mixteco y oír la música de casa. Es la única manera en la que puedo oír las noticias”. López le dio una tarjeta. “Llama si quieres saludar a tu familia”, le dijo, y ella aceptó entusiasmada la invitación.

“Es lo que puedo hacer”, decía al volver a su camioneta. “Puede que no tenga trabajo para ellos, pero puedo ofrecerles un puente con su hogar”.